

Seia por nos loada,
et dereito faremos,
pois seu ben atendemos
et d'auer o tēemos
por cousa mui guisada;
ca e noss' auogada
et de certo sabemos
que de deos aueremos
perdon et guannaremos
sa mercé acabada,
por ela que a dada
por muitas de maneiras
a nos et da carreiras.

CAPÍTULO III.

Asuntos de las *Cantigas*.—Su vario y múltiple carácter.—Su simbolismo.—Excesiva indulgencia moral en los conceptos de algunas cantigas escabrosas.—Desmedida libertad narrativa.—Ejemplos de extrañas leyendas.—Asuntos triviales.—Otros antipoéticos.—Otros inconscientemente irrespetuosos.—Asuntos de alto sentido y de fantástico y delicado carácter.—Reminiscencias y afinidades de las *Cantigas* en la literatura moderna.—*Cantigas de loor*, imitación de los cánticos religiosos.

Tan vario como su origen es el carácter de los asuntos de estos cantares. Podrían clasificarse sintéticamente en tradicionales, históricos, fantásticos, íntimos y familiares. Parece indudable que el rey Alfonso empezó la composición de las *Cantigas* teniendo á la vista alguna ó algunas de las colecciones de leyendas Mariales que en su tiempo se hallaban difundidas por todos los ámbitos de la cristiandad.

De las 359 cantigas narrativas que contiene la colección alfonsina, 94 tienen este origen. Con su acostumbrada perspicacia hace notar el docto Mussafia que el regio trovador empezó su piadoso Cancionero escogiendo con evidente predilección asuntos de carácter universal y cosmopolita, y sólo dió amplia cabida á los asuntos locales y personales cuando el caudal de aquéllos se le iba agotando (1).

(1) Consiste la observación curiosa del ilustre profesor en la disminución gradual que advierte en el empleo de los asuntos difundidos en la cristiandad: en el primer centenar de las *Cantigas*, 64; en el segundo, 17; en el tercero, 11; en el cuarto, 2. (Véase *Extractos*, pág. VIII de la edición monumental.)

Las leyendas tradicionales de asuntos escabrosos é impúdicos pertenecen á la corriente cosmopolita de cuentos milagrosos, algunos de los cuales eran fruto de la fantasía oriental, que, en su larga peregrinación por las naciones del Occidente, se habían transformado al impulso religioso de las ideas cristianas.

Todo era extremado en aquellos tiempos singulares en que los sentimientos penetraban vigorosos é intensos en el alma, y no se desvirtuaban con el análisis y la indiferencia. Alfonso X, no hallando límites en su imaginación generosa á la indulgencia de la Virgen para con sus devotos, adopta á veces leyendas repugnantes en que hasta el excesivo perdón puede mortificar conciencias timoratas y austeras.

Asuntos de lascivia y escándalo.

Merece citarse, como ejemplo de la exageración que cabe en tales parábolas, la cantiga de la viuda romana, que por poco se muere de pena por el fallecimiento de su marido, y luego se consuela con el amor incestuoso de su propio hijo y mata al niño nacido de aquella unión infanda (1). El diablo, en forma humana de adivino, denuncia á la viuda, y la Virgen, cambiando enteramente el rostro de ésta, á fin de que el diablo la desco-

(1) A dona mui bon marido perdeu,
et, con pesar d'él, per poucas morreu;
mas mal conorto d'un fillo predeu
que d'él auia, que á fez prennada.
.....

(Can. xvii.)

nozca ante el Emperador, la salva del suplicio. Este cantar llama á la viuda *buena mujer* (*bõa dona*), y en el epigrafe *onrrada dona*, y ni una palabra de vituperio. ¡Indulgencia extraña y desmedida! Hasta la circunstancia de ser el demonio quien pide la expiación del pecado hace resaltar el exceso de la lenidad divina.

No es D. Alfonso creador de esta poco simpática historia. La halló en Vicente de Beauvais, en la colección *Gesta Romanorum*, en el monje trovero Gautier de Coincy y en otros libros de aquellos tiempos.

En la compilación de *Fabliaux et Contes* de Dominique Méon, continuador de Barbazan, y en otras colecciones semejantes, se hallan versiones no menos escabrosas: en una de ellas, la viuda, acusada por el demonio y protegida por la Madre de Dios, ha tenido por frutos de sus horrendas liviandades con su hijo, no un niño, sino dos, que ella mata sucesivamente.

Pero hay otra versión, ó mejor dicho, otra leyenda análoga, que no es de carácter tan repulsivo como las anteriores. La dama romana, respetada por su piedad y sus virtudes, tiene un hijo de amores ilegítimos, pero no incestuosos. Le falta valor para arrostrar la vergüenza de su flaqueza, y mata al niño. Profundamente arrepentida, pide á la Virgen misericordia y amparo. El diablo, tomando trazas de adivino á quien no se oculta maldad alguna, la acusa al Emperador, y éste la manda comparecer. Llega la dama acusada, pero no se presenta sola. La acompaña otra Señora. Esta Señora es nada menos que la Virgen María. Á su vista huye despavorido el demonio dando espantosos aullidos. El Emperador

abrazo á la acusada, y las campanas de Roma repican por su propia virtud (1).

Lo más reparable en el regio poeta de Castilla es que refiere los delitos de la parricida incestuosa sin que indicio alguno de indignación ni escándalo asome en sus palabras: todo su afán es demostrar la solícita providencia con que la Madre de Dios preserva á la devota de la intervención del demonio. La miniatura de uno de los códices escurialenses presenta la leyenda con tan indecente procacidad, que ni aun es posible describirla. La Edad-media se asemeja bastante á la antigüedad griega y romana (no á la india) en el bárbaro candor con que suelen ofrecer en la literatura la verdad obscena ó insultante, sin miramiento á la delicadeza estética y al moral eufemismo que requieren el pudor y la dignidad de las gentes civilizadas.

Otra de las narraciones de índole escandalosa es la *Abadesa encinta* (VII), de la cual corrían en Europa durante la Edad-media infinitas versiones. Don Alfonso trata con suma rapidez este arriesgado asunto, pero no intenta atenuar su inmoralidad: antes bien la agrava, pues el Obispo, después de entrar en un examen técnico de la monja, bien impropio de su sagrado carácter,

(«et desnual-a mandou
et pois lle uyu o sêo»),

queda al fin y al cabo engañado (2).

(1) Méon: *Fabliaux*, t. II, pág. 394.

(2) El Abate Poquet, en su hermosa edición de los *Miracles de la Sainte Vierge*, de Gautier de Coincy, no ha juzgado prudente dar á la estampa la leyenda de la *Abadesa encinta*, ampliamente escrita por el monje trovero.

Berceo maneja superiormente esta leyenda, y con más decoro que la mayor parte de los hagiógrafos latinos. El Obispo procura, aunque en balde, aclarar por sí mismo la verdad; pero el poeta castellano no dice en qué forma, y la Abadesa no quiere cometer la hipocresía de dejar al Prelado en su error y le declara su pecado.

Alfonso X vivía en una sociedad muy distante de los púdicos refinamientos que ha introducido la melindrosa cultura de los tiempos modernos, y llevado además del ingenuo espíritu popular que se refleja en sus cantares, no se asustaba de referir las cosas con desnudez y naturalidad, sin llegar, no obstante, adonde llega el autor de Dafnis y Cloe, que no se para en barras para ofrecer al lector con temeraria fidelidad imágenes y cuadros de la más desafortada lascivia.

Pero es forzoso decir en honra suya que, á vueltas de este candoroso desenfado, el Rey poeta se esmera en expresar los más escabrosos conceptos con frase noble y decorosa, quitando de este modo á las pinturas obscenas alguna parte de su fealdad. En esto aventaja ciertamente á grandes escritores como Shakspeare, Rabelais, Molière y Cervantes, que á veces no se arredran de la procacidad vulgar de las palabras.

No se contentó Alfonso X con la historia milagrosa de *La Abadesa encinta* para presentar la flaqueza humana y el arrepentimiento en el sagrado recinto del claustro. Cinco cantigas más, las señaladas con los números LV, LVIII, LIX, XCIV y CCLXXXV, tienen por asunto la fuga de religiosas, arrastradas por tentaciones de liviandad.

En la primera de ellas, una monja, si bien muy fer-

viente devota de Santa María, cede á las sugerencias del demonio y huye del convento seducida por un perverso sacerdote, que la abandona en Lisboa cuando la ve á punto de ser madre. Ella, dolorosamente arrepentida, vuelve al monasterio. Nadie había advertido su ausencia ni echado de ver su maternal estado.

La Virgen,

«que aos que ela ama
por l'errar non abaldoa»,

compadecida de las amargas lágrimas de la monja pecadora, atiende á todo milagrosamente, y con la intervención de un ángel hace criar, apartado de su madre, al niño que había nacido de aquel amor sacrilego.

En la cantiga LVIII, una monja enamorada, mientras la espera el galán, para huir con ella, en un corral del monasterio, tiene una visión dantesca, en la cual ve muchas personas atormentadas en el infierno.

En la cantiga LIX, la monja sacristana del convento de Fontebrar, prendada de un gentil caballero, ya pronta á fugarse con él, va á prosternarse ante un crucifijo para despedirse de Jesucristo, y la santa efigie aparta la mano de la cruz y le da un bofetón, dejándole, como estigma en el rostro, la señal del clavo sagrado.

En la cantiga XCIV, la monja tesorera de una abadía se escapa del claustro con un apuesto galán, dejando antes las llaves delante del altar de la Virgen y encomendándose á ella de corazón. La divina Señora toma su lugar, y cuando la monja, arrepentida, torna tras largos años al monasterio, encuentra las llaves en el mismo paraje en que las había dejado, y ve, con tanto asombro como agradecimiento, que nadie había advertido su ausencia.

En la cantiga CCLXXXV, una novicia, noble y hermosa doncella, huye del convento con el sobrino de la abadesa. Antes de llevar á cabo su mal propósito va á orar, bañada en lágrimas, ante el altar de Santa María. Al ir á salir del monasterio, la imagen de la Madre de Dios se coloca delante de la puerta para estorbarle el paso. Aterrada la doncella se retira á su celda; pero el amor avasallaba su alma: otra noche atraviesa la iglesia sin atreverse á levantar los ojos hacia la efigie de la Virgen, y corre á unirse con el gallardo mancebo, que en el campo la espera. Andando el tiempo, se le aparece en sueños la Santa Virgen, la reconviene por haber olvidado sus cristianos deberes, y ella, cediendo al influjo de la imponente visión, vuelve al monasterio de donde se había fugado (1).

Todas estas leyendas, aunque diferentes en las circunstancias novelescas, tienen visible analogía en su espíritu y en su objeto. Lo mismo acontece con otros asuntos, lo cual demuestra que el Rey consultaba diferentes versiones y gustoso las adoptaba, á pesar de la semejanza esencial que no podía menos de advertir en ellas.

Entre las consejas populares que el clero escribía, refundía y propagaba en bien de la civilización moral, resaltan:

La Emperatriz de Roma (cant. v), que con tantas

(1) Estas y otras someras narraciones de varias leyendas se hallan, en forma semejante, así en el texto mismo de las cantigas como en los *Extractos* de la edición monumental; pero hemos juzgado indispensable reproducirlas en este capítulo, no sólo porque así lo requieren los conceptos de crítica histórica en él expresados, sino á fin, asimismo, de que la Introducción pudiera ser publicada separadamente, como estudio especial de historia literaria.

variantes y refundiciones sucesivas se hizo universal en el mundo cristiano.

El Milagro de Sardenay (cant. ix), santuario en un lugar fragoso y solitario cerca de Damasco, en el cual se adoraba una imagen de Santa María pintada en tabla, de la cual manaba prodigioso aceite que curaba todas las dolencias. Esta leyenda de Sardenay, visiblemente de origen oriental, difundida en Europa en el último tercio del siglo XII por una sucinta relación latina de un peregrino alemán (1), no se halla entre los *Milagros* de Vicente de Beauvais, ni entre los de Pothon, ni entre los de Berceo. Acaso tomaría el rey Alfonso este asunto de la penúltima leyenda de la Virgen que escribió Gautier de Coincy, *Le Miracle Nostre Dame de Sardonay*. Lo indica, al parecer, hasta la igual incorrección ortográfica con que escriben el vocablo geográfico *Sardenay* el trovero y el poeta castellano.

El curioso milagro del salteador ahorcado, cuya vida, para premiar su devoción, salva la Virgen sosteniéndole por los pies en la horca, está expresado con notable concisión y naturalidad en la cantiga XIII. Parece una simplificación de la misma conseja escrita en latín por Pothon, Vicente de Beauvais, Jacobo de Voragine

(1) Mr. Gaston Reynaud, además del manuscrito de Tours, ha publicado en la ROMANIA (Octubre de 1882) la leyenda latina que, con las adiciones de Thetmar en la relación de su viaje á Tierra Santa, en 1217, debió ser fuente común de los dos poemas franceses, conocidos, del milagro de Sardenay. Mas esta versión no es la primitiva. Hay otras latinas con menos pormenores y algunas variantes; una de ellas, muy breve, escrita algo después de mediado el siglo XII por el peregrino alemán Burchard, cuyo texto dió á luz en 1858 el doctor Laurent (*Serapeum*, t. XIX). Es muy verosímil que sea bizantino el verdadero origen del milagro de Sardenay.

y varios otros; y, en idiomas vulgares, por Gautier de Coincy, Berceo y D. Juan Manuel. Es de notar que el Rey llame *Elbo* al bandido, y que no le den nombre ni el poeta francés, ni el castellano Berceo, que son los que refieren el hecho con mayor número de circunstancias y pormenores. Esta leyenda del ladrón devoto, aprovechada en la literatura romántica de tiempos posteriores (1), podría parecer, por su peculiar índole, nacida en tierra española, donde tantas veces la musa vulgar ha cantado como hazañas las audaces fechorías de foragidos célebres (2); mas todo indica que es de origen extranjero.

Gautier realza al salteador mucho más que Alfonso X. Éste se limita á decir que

«.... sempr'en ssa oraçon
a ela (la Virgen) s'acomendaua.»

Gautier tributa alabanza á las prendas morales del bandolero. No solamente se encomienda éste á Santa María antes de salir á robar, y da como ofrenda á la Virgen algunas de las cosas robadas, sino que, además, socorre con limosnas á los menesterosos. Claro es que no dice todo esto el fervoroso benedictino para disculpar ó hacer simpático al malvado, sino para manifestar que la Madre de Dios acoge con misericordia las plegarias de cualquier pecador aunque sea *robeur*, como dice el mismo trovero (3).

(1) Calderón, *La devoción de la Cruz*; Zorrilla y otros.

(2) Romances de Francisco Esteban, etc.

(3) Legrand d'Aussy encontró en un antiguo MS. otra versión de este milagro. En ella la madre del ladrón ahorcado dice á Santa María: «Vuélveme á mi hijo ó dame el tuyo.» La Virgen desata al ahorcado, le vuelve la vida y lo entrega á su madre.

En la cantiga CLXXXII favorece Santa María con igual indulgencia á un salteador de una selva de Damietta,

«.....que ssas vigías
guardaua dos seus dias»;

y daba cuanto tenía á los que le pedían por amor de la Virgen.

Los autores de estas exageradas relaciones querían, sin duda, patentizar que cabe el arrepentimiento en los delincuentes que no han perdido del todo el sentimiento religioso.

No deja de ser singular la conseja del sacerdote ciego que implora de la Madre de Dios la merced de recobrar la vista para poder celebrar el santo sacrificio del altar. La Virgen accede á sus plegarias, pero sólo le otorga la vista durante aquel acto sagrado. Terminada la misa, vuelve á su triste ceguera. Sorprende algún tanto que la celestial misericordia sea ejercida con tal limitación y estrechez. Caprichos de la imaginación milagrera del pueblo.

Otra de las más extrañas es la del romero borgoñón que iba á Santiago (cant. xxvi), á quien el demonio, tomando la figura del Santo Apóstol, é infundiéndole apremiantes escrúpulos de conciencia, obliga á que se mutile á la manera de Orígenes. Santiago disputa á los diablos el alma del peregrino en una sutil controversia, y propone acudir á la decisión arbitral de la Virgen. Refieren el hecho escritores latinos de los siglos xi, xii y xiii (San Hugo, Guibert de Nogent, Vicente de Beauvais, Jacobo de Voragine, etc.), y en lenguas vulgares Gautier de Coincy, Berceo y un autor anónimo italiano.

Por muy singulares que parezcan los cuentos milagrosos de las *Cantigas*, no exceden en creadora, y á veces extravagante audacia, á los que forjaba la imaginación religioso-fantástica de otras naciones cristianas, exaltada en la Edad-media por el culto de la Virgen María. Centenares de ellos podrían citarse. Baste recordar la conseja (del trovero Felipe de Reimes, siglo xiii) de la hija del Rey de Hungría, que se cortó una mano para evitar que su padre, que había alcanzado permiso del Papa, se casase con ella. Fué la mano arrojada al mar, y un esturión la conservó intacta en su estómago durante siete años. Su padre mandó quemar á la princesa; pero, protegida siempre por la Santa Virgen, se salvó de éste y de otros varios peligros de muerte y de calumnia; y al cabo, reconocidas en Roma su inocencia y su virtud, el Pontífice le colocó la mano cortada, la cual se adhirió al brazo milagrosamente, sin dejar la más leve señal.

De esta relación se formó en el siglo xiv una de las siete obras dramáticas primitivas del teatro francés, fundadas en milagros de la Madre de Dios, que han sido dadas á luz por dos ilustres arqueólogos literarios franceses (1).

Hay de esta misma leyenda de la hija del Rey de Hungría una versión catalana en prosa, del siglo xiv, publicada por Bofarull (2).

No es menor que en el Occidente el fantástico vuelo relativo á narraciones milagrosas de la Virgen que se advierte en las regiones orientales de Europa. En Li-

(1) MM. L. J. N. Monmerqué et Francisque Michel: *Théâtre français au Moyen-âge* (xi^e-xiv^e siècles).— Paris, 1879.

(2) *Documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón*, t. xiii.